

Biblioteca-Films

DOROTHY VERNON

Núm. 37

25
cénts.



**MARY
PICKFORD**

BIBLIOTECA FILMS

TÍTULO DE LA SUPREMACIA

REDACCIÓN:
Urgel, 40. 3. 2.

Teléfono 3028 - A
BARCELONA

APARECE TODOS LOS MARTES

REVISADO POR LA CENSURA MILITAR

DOROTHY VERNON

Según la novela de intriga y amor de
CHARLES MAJOR

Última creación de la muñeca del mundo

MARY PICKFORD

Rbla. Cataluña, 89



Barcelona

PERSONAJES

Dorothy Vernon
George Vernon
Malcolm Vernon
Lady Vernon
John Manners
Conde de Rutland
Reina Isabel de Inglaterra
María Stuart, Reina de Escocia
Conde de Leicester

INTERPRETES

Mary Pickford
Anders Randolf
Marc Mac Dermott
Mme. Dautery
Allan Forrest
Wilfred Lucas
Clara Eames
Estelle Taylor
Courtney Foster

ARGUMENTO DE DICHA PELÍCULA

I

Se ha caracterizado el siglo XVI en la historia de Inglaterra por las luchas enconadas originadas por la diferencia de creencias en materias religiosas, luchas que irradiaban, desde las

2
mismas gradas del trono, a los magnates y señores y hasta a los mismos siervos feudatarios de éstos.

A mediados de aquel siglo tan nefasto, y durante el reinado de una de las Reinas más grandes y más crueles de la historia de los pueblos, alzábanse en el condado de Derbyshire, cual atalayas gigantescas, perennes vigías de su campiña riante, dos construcciones igualmente suntuosas: Haddon Hall, la señorial mansión de Sir George Vernon, y el castillo de Rutland, sombría ciudadela, morada de Sir Thomas Manners, Conde de Rutland.

En el año 1550, estos dos solares ilustres debían unirse bajo un solo dominio, por los esponsales del hijo de Rutland, John Manners y la heredera de Haddon Hall, Dorothy Vernon.

En un salón del castillo de Haddon Hall están reunidos—en presencia de un escribano público y del capellán del feudo—los señores George Vernon y Thomas Manners, conde de Rutland. El primero es grueso, de genio muy movido, violento e impulsivo. El segundo, por el contrario, es un carácter más apociguado y reflexivo.

El escribano público acaba de redactar unas cláusulas dictadas por el Conde de Rutland, que George Vernon lee y que dicen textualmente: «En el décimoctavo cumpleaños de Dorothy, hija de George Vernon, ésta deberá contraer matrimonio con John Manners, hijo del Conde de Rutland; pero en el caso de que Sir George dé su hija a otro y no al hijo de Rutland, aquél indemnizará a éste con diez de sus treinta heredades adyacentes al castillo de Rutland.»

Después que George Vernon hubo leído esta cláusula dejó con violencia el pergamino sobre la mesa y dijo malhumorado:

—¡Me imponéis unas condiciones demasiado onerosas, mi señor de Rutland!

—No lo creáis, Vernon. El contrato es equitativo... y quien no piensa delinquir no discute la gravedad de las penas. Firmad, pues.

—Firmo a disgusto.

Ambos señores firmaron el pergamino. Momentos después en la capilla del castillo de Haddon Hall estaban reunidos representantes de ambas familias para asistir a la ceremonia de los esponsales de John Manners y Dorothy Vernon, entonces de edad respectivamente de 8 y 6 años. Un caballero situado en la escalera que conducía desde las habitaciones del castillo al templo, anunció:

—¡Mistress Dorothy Vernon de Haddon Hall!

Y pausadamente, descendía hacia el templo vestida de ancha falda que ni le permitía ver los pies, la niña Dorothy, llevando en sus brazos una preciosa muñeca de porcelana vestida de raso.

El mismo caballero anunció:

—¡Sir John Manners, hijo del Conde de Rutland!

Y con aire más sencillo, presentóse el niño, quien se situó al lado de la niña Dorothy y frente al capellán del castillo y de los padres de ambos.

El capellán peroró:

—Oídme, niños. Por este acto solemne os comprometéis los dos a casaros el décimoctavo aniversario de Mistress Dorothy Vernon.

—Escucha Dorothy, y no te distraigas con tu muñeca—amonestó John Manners.

—¿Y a ti qué te importa?—gritó la niña molestada, acompañando las palabras con un empujón. John contestó con un puñetazo y en un abrir y cerrar de ojos los dos niños se propinaron una serie de mojicones delante de todos los asistentes, quienes rieron del contraste que ofrecía aquel futuro matrimonio. El Conde de Rutland, aludiendo al mal genio del padre de Dorothy, dijo a éste:

—El zumo sube a la fruta, Sir George!...
¡De tal palo tal astilla!

II

Han transcurrido doce años. Estamos en el castillo de Rutland. Sir George Vernon y Sir Thomas Manners conversan, acaloradamente aquél, y más sereno éste:

—Sir Thomas, habéis desoído mis continuas peticiones, negándoos a hacer volver a vuestro hijo de esa disoluta Corte de Francia... Dícese que él ha ayudado a María Stuart, y hasta se murmura de amores entre ellos.

—No hago caso de lo que murmura la gente... Yo tendré aquí a mi hijo John para el décimoctavo cumpleaños de vuestra hija... Esto fué lo convenido, y a ello me atengo.

—Por mí que se quede en Francia; porque no se casará con mi hija. La he prometido a su primo Sir Malcolm Vernon, de Escocia.

—Entonces, el día del cumpleaños de Dorothy, yo os exigiré la indemnización señalada en el contrato.

—Que un hombre de Rutland ponga tan si-

quiera un pie en mis dominios, y os juro por mi honor que será aborrecido.

Un mes después de esta conversación, en el castillo de Haddon Hall se celebraba la fiesta del décimoctavo cumpleaños de la joven de la casa, Dorothy Vernon.

En el espléndido parque celebrábase con grandes festejos la fausta fecha.

Mientras unos juegan a las ciuitas, un grupo de feudatarios del señor de Vernon están parados ante un pergamino clavado en la pared del jardín.

—¿Qué dice este pergamino?—demandó uno.

Dice—contestó un guerrero—que este día es de fiestas y regocijos, porque Mistress Dorothy va a casarse con su primo Sir Malcolm Vernon, de Escocia.

Y mientras en el parque todo es regocijo, y la familia Vernon con George a la cabeza, esperan a su hija, para poder recibir al novio—a quien nadie conoce y que está a punto de llegar de Escocia en compañía de su madre la hermana de George de Vernon—, en sus habitaciones termina su tocado la hermosísima Dorothy Vernon.

Era de hermoso rostro, encuadrado por una cabellera dorada abundantísima; siendo sus grandes y rasgados ojos de una viveza extraordinaria; su garbo y soltura agigantaban las proporciones de su cuerpo de muñequita; su hablar era chispeante como su mirada; su andar ligero, y todas sus actitudes indicaban un genio vivo y determinado.

Entró en su cámara Jennie, su camarera, en el momento en que, con la cabeza agachada y con la cabellera echada hacia adelante, le ta-

paba ésta la mitad de su cuerpo como una cortina de hebras de oro.

—¡Feliz cumpleaños, Mistress Dorothy!

—Gracias, Jennie—contestó la joven con voz atiplada suavísima.

—Vuestro señor padre se impacienta en el jardín... Me ha encomendado que osñera prisa para que bajéis...

—Dí a mi dulce padre que puede continuar tomando el fresco en el jardín... ¡Yo no tengo ninguna prisa!... Mira, Jennie, qué corsé me ha mandado mi novio... con esta carta.

Y Dorothy leyó: *A Mistress Dorothy este presente... un corsé del hierro más fuerte... que ha de guardar para mí, su corazón. Su primo, Malcolm.*

—¡Pero si esto es una coraza!

—¡Si este primo Malcolm no tiene un bello semblante... puede volver a Escocia para casarse con otra!

Llamaron con violencia a la puerta. Era el señor George quien, arrollando a puntapiés a cuantos había hallado a su paso, llegaba encolezado para buscar a su hija, a quien esperaban los invitados.

—Debe ser mi padre... Jennie, sujeta fuertemente mi escafuelo, porque si llega, según su costumbre, dando patadas a todos los muebles, se escarmiento.

Por fin se abrió la puerta. Sir George, furioso como un energúmeno, echando por su boca una letanía de reniegos, maldiciones, votos, porvidas y pesimismo, con la suave muletilla de rayos, truenos y centellas, empezó a patadas con todos los muebles, eschándolos a rodar: pero el escafuelo no se movía.

7
—¡Un escafuelo se me resiste!—gritó furioso—. ¿Por qué no se ha movido?

—¡Ja, ja, ja!... Padre mío *dulcísimo*, es que ese mi escafuelo, a fuerza de aguantar mis pies, se ha vuelto tan inócil como yo...

—Pues yo os domaré a los dos.

Y resacudó sus patadas contra el sujeto banquillo hasta que se dañó los pies.

—Padre mío *suarísimo*, no veo la necesidad de aprestarme tanto... ¿Es que ha llegado ya de Escocia mi primo Malcolm?... ¡Ciega elección la vuestra, padre *manísimo*, y por ciega insensata, prometerme a un hombre a quien ni vos ni yo hemos visto en nuestra vida!...

—El nombre de los Vernon no debe extinguirse conmigo... ¡Tú te casarás con tu primo Malcolm... o con nadie!... ¿Lo oyes?...

—Lo oigo; pero si no me gusta se volverá a su tierra. Ya hay una razón que me lo hace antipático: es partidario de María Stuart, como buen escocés...

—¡Voto al diablo, que me has de obedecer!—gritó el padre.

—¡Voto a cien mil demonios que no me casaré con él si no es de mi agrado!—chilló aún más fuerte la hija!

—¡Te casarás con él así te pareciera un monstruo!

Mientras tanto, Sir Malcolm cabalgaba con una escolta de caballeros en dirección a Haddon Hall; y tras él, en un coche—especie de litera—tirado por cuatro caballos, viajaba su madre, Lady Vernon, una señora de rostro duro como su carácter, y frío, sin expresión.

III

Aquel mismo día, Sir John Manners, había vuelto a Rutland.

Vémosle sentado en un banco, desnudo de medio cuerpo arriba. Sus criados le lavan una herida profunda en un brazo. Su padre, el Conde de Rutland, está de pie a su lado.

—¿Te duele mucho, hijo mío?... Aun no me has contado...

—Al pasar por los dominios de Vernon, fuimos atacados por sus hombres... ¡Siete nada menos, padre mío!

—No te sorprenda el hecho, hijo mío... Hoy es el día en que tú debías casarte con la hija de George Vernon... Pero no te preocupes por ello. Voy a mandar un emisario para reclamarle la indemnización estipulada.

—Permitid, padre mío, que vaya yo mismo a recoger las diez heredades convenidas.

Momentos después el Conde de Rutland firmaba un pergamino que decía: *Vuestra hija debía casarse hoy con mi heredero John; pero vos la dais a otro. En su virtud, yo os reclamo la indemnización estipulada—las diez más ricas de vuestras treinta heredades—según contrato solemne refrendado con vuestra firma.—Conde de Rutland.*

El mismo día partían de Rutland varios emisarios, llevando uno de ellos la misiva del Conde, que éste no quiso permitir llevara su hijo. Mas éste, solo con un escudero, salió también en dirección a Haddon Hall.

IV

Mientras los festejos continuaban en el parque



—¡Firmas el día siguiente, almorzar a todo hombre de Rutland que en tierra de Vernon
busque su mujer!

y castillo do mora la hermosa Dorothy, una multitud de feudatarios de humilde condición a quienes no se ha permitido penetrar en el porque, se asoman al mismo por encima de los muros... Dorothy les ha visto y ha ido hacia ellos.

—¡Felicidades, Mistress Dorothy!

—Gracias, queridos.

—Hemos visto a varios guerreros de Rutland cabalgando hacia aquí...—dijo un tal Hal, muy entusiasta de la joven Dorothy.

—¡Mal presagio!—contestó la castellana.—¿V para qué habéis ido a Rutland?

—Para robar en el parque del Conde esto que os traemos—dijo el nombrado Hal presentándole un gran cestó lleno de flores debajo de las cuales asomó la cabeza un perrito.

—Esto está mal hecho, Hal; aunque yo lo agradezco porque es la expresión de vuestro cariño.

Momentos después presentáronse ante las puertas del castillo los emisarios portadores del mensaje del señor de Rutland. Algunos habitantes de Vernon quisieron oponerse a la entrada de los emisarios; pero éstos abrieronse paso con sus espadas, hiriendo a varios y matando al llamado Hal.

Los enviados de Rutland están delante de George Vernon y de su hija. Uno de ellos le entregó el documento. Después de leerlo clamó con furia el de Vernon:

—¡Prometí, bajo juramento, ahorcar a todo hombre de Rutland que en tierra de Vernon pusiese su planta!

—Yo hablo por el Conde de Rutland—contestó con entereza el emisario—y no moveré los pies de las tierras de Vernon hasta no lle-

varme los títulos de propiedad de sus diez mejores haciendas.

—Entonces, levantaremos tus pies de mi suelo con la cuerda de un verdugo, perro insolente.

Hizo Vernon se cumpliera inmediatamente la sentencia.

Mientras ésta se cumplía en la persona del emisario, en la carretera, no lejos de Vernon, un percance había sucedido, que pudiera haber costado la vida a Lady Vernon, madre de Malcolm. El coche en que viajaba estaba hecho añicos y ella había caído al suelo. Llegó a pasar por allí, cabalgando en brioso corcel, John Manners y se acercó a Malcolm que ayudaba a levantar a su madre.

—Soy John Manners, hijo de Rutland—dijo después de apearse del caballo... ¿Me permitís que os ofrezca una carroza de mi cercano castillo?

—¡Para los Vernon sería humillante el auxilio de los Rutland!—contestó amenazador Malcolm.—¡Los Rutland son raza maldita!

Menor insulto bastaba en aquella época para que dos caballeros desnudaran los aceros. La lucha fué enconada y larga; mas ambos maneaban bien la espada y no se hirieron. Después de mucho pelear, Malcolm rompió la espada de su contrincante. Uno de los del séquito de Vernon le entregó la suya para que la lucha continuase. Mas Malcolm dijo:

—No quiero luchar contra una espada de los Vernon—y al decir esto envainó la suya y volvió la espalda a su contrario, que dijo sencillamente:

—¡Cobarde!

Subió a caballo y huyó después de haber en-

vainado el acero con la empuñadura de los Vernon.

—Madre mía—dijo Malcolm—, estamos cerquita de Haddon Hall. Podéis, paseando, salvar el corto trayecto que falta para llegar al castillo, mientras yo me adelanto solo, para contemplar, desde las tapias del jardín, el rostro de mi prima Dorothy. Veré si es tan hermosa como pregonan su fama.

Dijo, y picó al caballo dirigiéndose al castillo que cerca tenía.

Dorothy y su camarera Jennie se han separado de los demás invitados y están en un extremo del jardín. Aquella se sienta en un banco de piedra y componiéndose sus vestidos y estudiando una posición elegante, dice a su criada, al propio tiempo que muy cerca de ella un joven caballero, asomado a la tapia del jardín, escuchaba:

—Yo debo preocuparme de parecer más bella, Jennie; aunque esté dispuesta a rechazar a ese primo Malcolm que tan poco interés tiene en llegar... ¿Estoy bien en esta posición?

—¡Muy bien!... ¡Muy bien!...

—Vamos a ensayar, Jennie... Tú eres mi primo Malcolm y yo soy... yo... Coge esa rama que será el sable... Bueno... A ver... llega mi primo, y yo, al verle, me pongo así, en esta posición... Ahora llegas tú, es decir, él...

—Llegará vuestro primo retorciéndose los mostachos—y Jennie con mímica exagerada acompañaba el gesto a la palabra—; y dirás, postrándose a vuestras plantas: —«Yo pongo a vuestros pies mi corazón y mi espada».

Al decir esto Jennie le alargó la rama que ella cogió.

—¡Oh!... —clamó Dorothy prolongando exa-

geradamente la exclamación—, le diré yo arrojando lejos el acero,—de ningún modo, primo Malcolm... ¡Yo no te amo!

Al terminar esta frase Dorothy, abre desmesuradamente los ojos y la boca. Había visto el rostro de un joven caballero que, sonriente, la contemplaba desde la tapia. Al verse descubierto salta al jardín y se acerca a las mujeres, e imitando todos los gestos que había hecho Jennie, y empleando sus mismas palabras, dijo gentilmente:

—Yo pongo a vuestros pies mi corazón y mi espada—y desnudando la suya se la entregó.

Ella la cogió, examinó la empuñadura que llevaba el escudo de los Vernon, y exclamó apretando el acero contra su pecho:

—¡Oh!... Primo Malcolm, ¡cuánto has tardado!...

Dorothy se levantó, le dió la mano que él le apretó efusivamente, y le contempló con verdadera fruición: era un joven muy hermoso que le gustaba sobremanera.

Y mientras ambos jóvenes se comían con los ojos, Jennie se separó de ellos y al poco rato llegó Sir George echando chispas al ver a su hija tan apartada, hablando a solas con un caballero.

—¡Padre mío, es mi primo Malcolm!

—¿Tú... Malcolm?... En efecto, tienes la frente de los Vernon... la nariz de mi tío, los ojos de mi abuelo... ¡todo mi aire de los veinte años!... Conviene que os caséis cuanto antes, pues ese miserable de Rutland quiere casar a su hijo John con Dorothy y me ha mandado este pergamino. Lee, Malcolm... Este escrito insolente dará motivo para que no esté ociosa tu espada una vez casado con Dorothy.

Acabo de colgar en la horca al emisario de Rutland... Cuanto me alegro de que hayas llegado... Tú, Dorothy, serás suya o de nadie.

—Sí, sí; seré tuya, Malcolm.

—Sí, sí, será mía, Sir George... ¡Dadme vuestro sagrado juramento!

—¡Lo juro por mi honor!

En aquel momento un guerrero traía el cuerpo exánime del pobre campesino Hal que había dado su vida defendiendo la entrada del castillo contra los emisarios de Rutland. Acompañaban al guerrero un grupo de labriegos.

Sir George, los cobardes Rutland han asesinado al pobre Hal.

—¡Mi hijo, mi pobre hijo!—clamaba llorando el desventurado padre del muerto.

Mientras se lo llevaban, Dorothy quedó de nuevo sola con su novio y dijo casi llorando:

—Yo pienso aun más en el dolor de la madre... ¡Este golpe destrozará su corazón!

Y diciendo esto se abrazaba con muestras de gran cariño al caballero que había llegado hasta ella de aquel modo tan singular.

—Dorothy, si en lugar mío estuviese aquí John Manners, así... estrechándolos en sus brazos... ¿qué actitud adoptarías para con él?

—¡Lo entregaría a mi padre para que lo enviase a la horca!

—Pues bien, Dorothy, no es justo seguir esta farsa con vos... ¡Yo soy John Manners, hijo de Rutland!!

Como si un reptil la hubiese picado, retrocedió como espantada.

—Yo he usado el nombre de Malcolm al entrar aquí con ánimo de seguir una broma... y la broma acabó para que la verdad empiece.

—¡Padre!—gritó Dorothy echando a correr

hacia Sir George... ¡El hijo de Rutland ha venido a burlarse de nosotros, a ultrajarnos en nuestra propia casa!

En aquel momento el propio Malcolm Vernon, que momentos antes se había batido con John, se adelantó hacia éste amenazador. John Rutland lo recibió sonriente con los brazos cruzados.

—Ahora me explico—contestó George a su hija—; ahora mismo se me había presentado un caballero diciendo que era tu primo Malcolm... Mira; es aquel que ahora habla con el que tú dices que es el hijo de Rutland.

Dorothy contempló a su primo... No era su ideal. Padre e hija se acercaron a los dos rivales.

—Pero...—preguntó George—, ¿cuál de los dos es el impostor? ¿Cuál es el hijo de Rutland?

—¡Éste!—dijo Dorothy señalando a Malcolm.

—Cogedle y ¡a la horca!

Varios hombres se abalanzaron sobre Malcolm y lo arrastraron, no obstante sus protestas.

John miró a Dorothy como dándole las gracias de la equivocación que le favorecía.

Entretanto Lady Vernon, madre de Malcolm, había llegado y al ver como se llevaban a su hijo, gritó llena de cólera:

—¡George!... ¿Qué hacen a Malcolm?

—Así se trata en tu casa a mi hijo?

Dorothy se acercó a John y le dijo:

—Mentí para salvaros la vida. Ahora... ¡hacedme el favor de que yo no vuelva a ver vuestro rostro!

—Me iré; pero antes —se abalanzó sobre

Dorothy, la besó apasionadamente en la boca y huyó en el preciso momento en que llegaba George, Malcolm y otros caballeros.

V

Malcolm Vernon había venido de Escocia no sólo para casarse con su prima, sino, y sobre todo, para trabajar secretamente para sentar en el trono de Inglaterra a la destronada Reina María Stuart. Cerca de Haddon Hall, en una casucha campesina que sirve de centro de reuniones a varios escoceses que trabajan con el mismo fin, están reunidos tres caballeros. En aquel momento entra en la sala Malcolm Vernon y se sienta.

Caballero 1.º.—Hoy nuestra Reina María Stuart está prisionera en el castillo de Lochleven, y hay que libertarla.

Caballero 2.º.—Difícil es la empresa. Sólo podría cumplir esta misión alguien que la hubiese tratado, pues ella desconfía de todos.

Malcolm.—Yo sé quien podría encargarse de esta misión... Es John Manners que ha tratado a nuestra Reina cuando ambos estaban en Francia. Pero hay dos inconvenientes: yo soy enemigo de John y, además, los Rutland por tradición, son partidarios de Isabel.

Caballero 3.º.—El primer inconveniente ya está solventado: yo soy muy amigo del Conde de Rutland y le convenceré.

Malcolm.—Es indispensable que mi nombre no suene en este asunto, sino todo estaría perdido... Aquí tenéis el anillo de María Stuart... Id a Rutland y convenced al Conde...

Caballero 1.º.—No basta que María Stuart venga a Inglaterra, es menester que la Reina Isabel...



Y para verlos hacer, viene por tres cuartos a caballo.

Malcolm.—De esa me encargo yo. He aquí mi plan: Yo he convencido a Sir George de que la Reina Isabel debe asistir a mi boda, y un emisario partirá en breve para invitarla a venir a Haddon Hall. Pero Isabel no saldrá viva de Haddon... y ¡María Stuart será la Reina de Inglaterra!... Si mis planes fracasan, todo el peso de la ley caerá sobre la cabeza de John Manners... sin ser el culpable... ¿Comprendido?

Caballero 1.º.—Comprendido... Nosotros tres vamos al castillo de Rutland.

Dorothy había pedido a John Rutland la merced de no volver a ver su rostro... Y para verlo había dado ya tres vueltas a caballo aquella misma tarde en torno del castillo de Rutland. Por fin, pudo lograr su propósito y se alegró sobremanera, aunque quiso disimular. John iba también a caballo.

—No esperaba encontraros aquí—dijo Dorothy—; ¡qué sorpresa!

—Sorpresa es también para mí—contestó John—, y muy deliciosa, por cierto, Mistress Dorothy.

Ella quiso fingir enfado.

—¿Cómo es atrevido, señor, a dirigir la palabra a una joven desconocida... e indefensa?

—¡Mil perdones, señora!... Tranquilizaos con la seguridad de que este verro no ha de repetirse.

Separóse Dorothy del dонец y al ver que no la seguía, hizo ver que su caballo se había desbocado y gritaba: —¡Socorro!! ¡Socorro!!

John echó su corcel en seguimiento del de la joven y después de una carrera descompu-

ta, él la alcanzó, la cogió por el tallo y ella se hizo la desmayada en sus brazos. Apeñó John con su preciosa carga y sentóse en el suelo. Dorothy estaba asombrada de lo bien que le iba saliendo el juego... Y eso que era la primera vez... ¡y sin ensayo! Ya había logrado lo que buscaba: caer en brazos del hombre que había hecho latir su corazón por la primera vez. Y sonreía de placer en brazos de su amado que la miraba complacido. Ella abrió un ojo y al ver el embeleso con que la miraba John, díjole:

—¡Desmañado!... ¡Habéis interrumpido mi síncope!

El joven se echó a reír... Se abrazaron y besaron, quedando en volver a verse al día siguiente y... todos los días.

El Conde de Rutland fácilmente convenció a su hijo para que fuera a buscar a Lochleven a la Reina de Escocia.

—Nada haré—le replicó John—que pueda envolver apariencia de deslealtad para con Isabel, mi Reina.

—La Reina de Escocia sólo se albergará aquí el tiempo preciso para alcanzar de Isabel un salvoconducto para Francia.

—Entonces yo saldré esta noche para Escocia.

Aquella noche en los salones del castillo de Haddon Hall celebrábase el gran banquete de esponsales entre Dorothy Vernon y su primo Malcolm. Al final del convite, Lady Vernon se quejaba a su hermano del mal genio de su hija. Sir George la excusaba:

—Nada más absurdo, hermana mía, que esa

fama de irascible de mi Dorothy. ¡Si es dócil como una cordera!

Dorothy le oyó y dijo a Jennie, su camarera.

—¿Dócil yo?... Mostraré ante ellos tal fiereza... que habrán de huir, temiendo por sus vidas.

Terminado el banquete llegó la hora de firmar el contrato matrimonial. Cuando Sir George entregó la pluma a su hija, ésta la arrojó lejos, rompió el papel del contrato y empezó a dar gritos, amenazando a todos los presentes:

—¡Yo no me casaré con otro hombre más que con Sir John Manners, hijo de Rutland!— y fuése a su aposento con un íntimo gozo de haber triunfado de las imposiciones paternas. Al llegar a su habitación púsose a avivar el fuego y mientras estaba en esta ocupación entró en el cuarto un labriego llevando, colgado a la espalda, un cuéyano lleno de leña.

Cuando hubo descargado el cesto, vuelto de espaldas a la joven, se estiraba, descortés.

—¿Qué es esto?—gritó ella con enfado.—Fuera de aquí enseguida!

Volvióse rápido el aldeano.

—¿Tú?... ¿John?

Era, en efecto, John, que se había disfrazado de aquel modo para venir a despedirse de Dorothy antes de salir para Escocia.

Y la estrofa del más puro amor, rimada por los anhelos de las dos almas, elevóse triunfadora, sobre los odios de familia innobles y sombríos.

—Prométeme, Dorothy, que no te casarás con tu primo.

—¡Te lo juro!... Pero... márchate, John. ¡Aquí peligra tu vida!



— Prométeme, Dorothy, que no te casarás con tu primo.

—He venido a decirte que esta misma noche salgo de Derbyshire, con una misión de la más absoluta reserva.

—¿Dónde vas?

—A Escocia, para ayudar a María Stuart a atravesar la frontera y a internarse en Inglaterra.

—¡Oh, mujer fatal!... Dicen que es tan bella... que no hay hombre capaz de resistir a sus encantos.

—Nada temes... yo he jurado ser sólo de mi Dorothy.

—No importa—dijo la joven cogiendo una capa—; yo voy contigo...

—¿A Escocia?

—Sí, sí... te acompañaré...

En aquel momento oyeron pasos de gentes que se acercaban.

—¡Salta por la ventana!... ¡Alguien llega!

Ya era tarde. La puerta se abrió.

—¡Siéntate en este sillón!—dijo Dorothy.

Sentóse John; ella le echó su manto encima y se sentó en su falda.

En aquel instante Sir George, Malcolm y otras personas entraban en la habitación de Dorothy.

Su padre la increpó duramente por su resistencia en admitir por esposo a su primo. Ella, sin levantarse, volvió a insistir en su negativa. Cuando su padre se iba a retirar reparó que junto a los pies de su hija había otros pies...

—¿De quién son esos zapatos?

—Son míos—dijo turbada bajando su falda para cubrir los pies de John—; me duelen tanto los pies, que me los he puesto por comodidad.

Su padre la cogió por el brazo y la levantó

por fuerza; luego tiró de la capa y apareció John. Sir George quiso atravesarle con su espada; mas no pudo desenvainarla. Entonces Malcolm sacó la suya y John púsose en guardia. Dorothy cogió por el brazo a su primo, y John dijo, saltando por la ventana:

—Yo volveré algún día para llevarme lo que es mío... y daros la reparación que ahora no puedo.

Sir George hizo encerrar a su hija con orden de hacerla pasar hambre hasta que se rindiera a su voluntad.

VI

John había ya cumplido su misión acompañando hasta el castillo de Rutland a la Reina destronada de Escocia, la mujer más hermosa y virtuosa de su siglo.

Entretanto, en el Palacio Real de verano de Greenwich, la Reina Isabel va de fiesta en fiesta.

Durante una de las fastuosas reuniones, Leicester avisa a la Reina que unos emisarios de Derbyshire desean hablar con ella. Hízolos entrar en el salón del trono y preguntó:

—¿Qué queréis?

—Venimos de parte de Sir George Vernon para invitar a V. M. a que honréis con vuestra presencia la boda de su hija.

—Leicester—preguntó Isabel riendo—, ¿sabéis quién es Sir George Vernon?

—Majestad, Sir George Vernon es dueño de incalculables riquezas y tiene un gran poder en Derbyshire... Es muy afecto a vuestra real persona.

—Iremos a Derbyshire con algunos centena-



Dorothy eligió por el brazo a su primo.

res de personas de nuestra Corte. Una larga permanencia allí aligerará los cofres de Sir George... ¿Qué os parece, Leicester?

—Dice muy V. M...

—Admito la invitación... ¡Idos!

—Majestad, embajadores de María Stuart vienen a ofreceros sus homenajes.

—Que entren...

—Majestad, No venimos a abogar por la ransa de la Reina de Escocia... sino a pedirnos la seguridad de su persona si entrase en Inglaterra.

—¡Inglaterra tiene bastante con una reina! Cualquier súbdito mío que ayude a la Stuart a entrar en Inglaterra, pagará esta locura con su cabeza... ¡Idos!

VII

Jennie, casi la única persona que comunicaba con Dorothy, ayudaba a su ama en sus amores.

Aquel día, cuando le fué a llevar la comida, díjole:

—Sir John Manners ha regresado ya de su viaje... Un servidor suyo espera vuestras noticias en la muralla que da al Norte.

Dorothy escribió: ¡Oh, mi muy amado! Me han hecho prisionera; pero, Dios mediante, escaparé de algún modo. Ven a buscarme a la poterna de Haddon antes de la puesta del sol ¡¡ ¡viremos...—Dorothy.

P. D. Tráeme algo para comer.

Ordenó a Jennie que la hiciera llevar al servidor de John.

—Tú puedes ser vigilada, Jennie... Encarga a otra persona para que lleve este pliego.

Así lo hizo Jennie; confió su carta a un chi-

quillo para que la entregara al hombre que esperaba cerca de la muralla que da al Norte. Mas hizo el diablo que Malcolm, que vigilaba a la doméstica, retuviera al chiquillo portador y después de leer el pliego se lo volvió a entregar, diciéndole:

—Corre, entrégalo a quien te han dicho.

Malcolm tomó sus precauciones para vengarse de su enemigo, y muy cerca del camino que debía seguir John para acudir a la cita, hizo preparar, oculto por el ramaje, un arcabuz con un buen tirador al oje.

Llegó primero Dorothy a la poterna, cubierta con una capa, y se sentó esperando a su amado. Momentos después iba John al lugar indicado; al llegar frente al arcabuz, se oyó un disparo y John Rutland cayó inerte.

En vez del amado acudió a la cita el hombre aborrecido, quien la hizo volver al castillo. Enterado Sir George reprodujose otra de las escenas violentas entre padre e hija. El cruel padre, empujando un látigo, amenazó reducirla a fuerza de golpes; mas ella, ignorante de la traición de Malcolm, estaba dispuesta a sufrirlo todo por su amado. Sir George ordenó:

—Encerradla en el calabozo de los ballesteros.

La ventana aharrutada de aquella prisión daba al patio donde estaba la horca, en donde en aquel momento se disponían para ajusticiar a un reo. Entró Sir George en el calabozo.

—¿Sabes, Dorothy, por qué John no acudió a la cita?... Pues debes saber que fué hecho prisionero y ahora se le va a ajusticiar.

En aquel momento llegaban al patio varios soldados conduciendo a un hombre con el rostro cubierto.

—Mira... ¡es John!

Fué un momento trágico, terrible. Dorothy, con los ojos fuera de las órbitas, cogióse a los barrotes y se retorció desahogada, dando gritos de dolor. El ajusticiado ya tenía la cuerda al cuello.

—No, no... ¡sálvalo, padre!... ¡Sálvalo!—gritaba fuera de sí—y haré lo que tú quieras...

Salió Sir George y dió orden de que se perdonara la vida al ajusticiado.

Mientras Dorothy era conducida a sus habitaciones, cerca de la horca Malcolm decía al supuesto ajusticiado a quien había desatado la cuerda del cuello:

—Gracias, Harry... Ha sido una bonita farsa y la hemos representado bien... No olvidaré tu servicio... Ella ha creído que era John.

VIII

Llegó la Reina Isabel con numeroso séquito al castillo de Haddon Hall. Sir George y todos los suyos, menos Dorothy, salieron a recibirla.

Cuando Sir George se arrodilló para besar el borde del vestido de la Reina, ésta le preguntó:

—¿Dónde está Mistress Dorothy, vuestra hija?... ¿Por qué no vino ella a saludarnos?

—Majestad, mi hija es muy discolia... Yo imploro para ella vuestro perdón.

Cuando la real señora subía las escalinatas del castillo, bajaba por ellas Dorothy, quien se arrodilló; mas la Reina miróla despectivamente. Sir George dijo a su hija:

—¡La Reina está ofendida!

En la habitación de Dorothy habían ésta y su camarera, mientras la segunda viste a la joven su traje de boda.

—Debéis saber, señora, que jamás tuvieron aquí prisionero a Sir John Manners... Lo sé todo... fué herido por un disparo de arcabuz.

—¡Corre al castillo de Rutland, Jennie, y dile que venga pronto!... ¡Corre!

Sin pérdida de tiempo fué Jennie a Rutland. Por una de aquellas coincidencias fatales, vió a la Reina de Escocia cogida al brazo de John. Jennie no quiso ver más y volvió a Haddon.

—¿Le has visto?—preguntó Dorothy.

—Sí, en los brazos de una hermosa mujer.

—¿De modo que mientras yo te esperaba en la poterna, él estaba en los brazos de María Stuart?... Pero no se reirán más de mí... ¡Van a saber quien es Dorothy Vernon!

V sin reflexionar, alocada, corrió como una demente hacia el salón donde la Reina Isabel, en un trono, recibía los respetos de los habitantes del feudo. Sin pedir la venia gritó:

—María Stuart está en Inglaterra... para robar vuestra corona... y para robarme mi amor.

—¿Qué dices, muchacha?

—Sí, sí, está en el castillo de Rutland.

—¡El conde Rutland y su hijo serán decapitados por traidores!—sentenció la Reina, y prosiguió: —Os ordenamos, Sir Malcolm, que marchéis con nuestras tropas al castillo de Rutland... y los prendáis a todos.

Malcolm salió inmediatamente a cumplir lo ordenado. Todos salieron del salón menos Dorothy, quien, al ruido de las armas, al tropel de los soldados, salió del estado de inconsciencia que le causara el horror de su propia acusación... —¿Qué hice yo, John que-

tido!—clamaba llorosa—. ¡Qué amor es este mío que te entrega a la muerte!...

Corrió gritando:

—¡Mi caballo, Jennie!... Voy a Rutland...

Montó... y su caballo volaba... Dirigióse a Rutland por el atajo para poder llegar antes que los soldados de Malcolm que le llevaban bastante ventaja; mas fué tanto el brío que supo imprimir a su corcel, que pudo alcanzarlos y hasta cogerles ventaja poco antes de llegar al castillo, cuyo rastrillo pasó como una flecha, gritando:

—¡¡Cerrad!!

Un segundo después, al llegar los soldados de Malcolm, la puerta estaba cerrada.

Corrió Dorothy hacia el salón donde se hallaba María Stuart junto con el Conde de Rutland y gritó:

—¿John?... ¿Dónde está John?

—Hace ya rato que partió para Haddon Hall.

—Enloquecida por un arrebato de cólera, os he traicionado a él y a vos... ¡Perdón, Majestad!... Poneos mis vestidos... Con ellos subrogaremos nuestras personas... —y, rápidamente, mientras el Conde y demás personas presentes se dirigían a la puerta del castillo para recibir en son de paz a los que en nombre de la Reina llegaban, las dos mujeres cambiáronse los vestidos. Dorothy, cubierta con los negros de la Reina de Escocia y tapada con un velo tupido; María Stuart, cubierta con la capa acapuchada de Dorothy que le escondía el rostro.

Apenas cambiaron de ropa presentóse Malcolm acompañado del Conde. Dirigiéndose a Dorothy le dijo con gran respeto:

—¡Traigo órdenes de prender a V. M.! Mas nada temáis. ¡Isabel recibirá esta noche

la muerte por mi mano, y mañana brillará en vuestras sienes la corona de Inglaterra... ¡Seguidme sin temor!

Dorothy obedeció mientras María Stuart se salvaba, huyendo disfrazada.

Llegó Malcolm al castillo de Haddon Hall con la fingida María Stuart, quien fué conducida delante de la Reina Isabel que se sentaba en el trono del salón de recepciones del castillo. Cuando Dorothy estuvo ante ella, quitóse el velo.

—¿Tú?... ¿Dorothy?—exclamó la Reina.—¿Qué comedia es esta?

—Majestad, en el alma de Sir Malcolm sólo hay traición y vileza para V. M. El trata...

—Calla, deslenguada—mandó Isabel.

—¿Quiere difamarme!—repuso Malcolm—.

—¡Basta ya!—ordenó imperativa la Reina.

—Mañana, Sir George Vernon, vuestra hija será ahorcada ante vuestros propios ojos... y vos iréis a pudrir os a una prisión... Y vos, Sir Malcolm, mi vasallo leal, seréis librado de esa muchacha que nos hubiera vuelto locos.

IX

Con el concurso de Jennie y de los leales guardianes de Dorothy, a primeras horas de la noche John Manners pudo entrar en el encierro de la joven.

Dorothy contó a John cuanto sabía del complot contra la Reina Isabel.

—John, debemos salvar a la Reina... si no acudimos pronto será ya tarde...

—Me voy; pero por poco tiempo...

Dorothy pudo salir de su encierro y, por un pasaje secreto, llegó a la cámara real.

—¿Quién?... ¿Quién hay?—gritó Isabel.

—Majestad, yo os suplico que me sigáis por una galería secreta; se ha tramado un complot para asesinaros esta misma noche.

—¿Traidora!... ¿Cómo puedo creerle?

Oyeron pasos sigilosos en la antecámara.

—Yo os escudaré con mi pecho.

Callaron y los pasos se oyeron cada vez más cercanos. Se separó la cortina y una espada asomó ante los ojos aterrados de la Reina. Dorothy abrió de par en par las cortinas y exclamó:

—¡¡Traidor!!

La sorpresa de hallar a Dorothy ante sí y escudando con su cuerpo el de la Reina, sobresaltó de momento a Malcolm; pero iba a abalanzarse para atravesar a las dos mujeres indefensas, cuando oyó tras sí la misma exclamación, lanzada por una voz varonil:

—¡¡Atrás, traidor!!

Era John Manners. Empuñaba su diestra una espada y con la izquierda blandía un puñal. Volvióse rápido Malcolm, púsose en guardia, y ambos empezaron un combate encarnadísimo, titánico. En un momento dado, John, acorralado contra la pared, estuvo a punto de ser traspasado; pero de un mandoblozo separó el acero de su contrario y entrando con la mano izquierda hundió su puñal en el pecho de Malcolm.

La Reina lanzó un suspiro y Dorothy se arrojó en los brazos de su amado.

—Dorothy, quedas perdonada, te devuelvo la vida y la libertad de tu padre.

—¡Gracias, Majestad!

—En cambio, a vos, John Manners, que habéis traído a María Stuart a Inglaterra, os con

deno a un año de destierro en Gales... Y te prohibo, Dorothy, que le escribas.

Aquella mañana John Manners salía cabalgando en su corcel hacia el destierro impuesto por la Reina Isabel.

Sobre la tapia del jardín que bordeaba el camino, está, de pie, Dorothy Vernon esperando el paso de su amado.

—¡Adiós, Dorothy mía!... ¡Hasta dentro de un año!

—¿Cómo se entiende, John?... La Reina me ha prohibido escribirte, pero no me ha prohibido irme contigo... ¡Déjame subir a la grupa!

—¡Sube!... Yendo contigo ya no voy al destierro...

—¡Vamos a la felicidad!

FIN

Esta edición ha sido autorizada por la **Sociedad general de publicaciones, S. A.**, quien tiene en prensa esta novela para ser publicada próximamente con toda extensión y con preciosas ilustraciones al hueco-grabado.

Las fotografías y carteles han sido galantemente facilitados por *Don Eduardo Gurt*, representante en España de **ARTISTAS ASOCIADOS**



Jóvenes!... Leed los éxitos de vuestros artistas favoritos en **Biblioteca Films**
Rosita, la cantante callejera **El ladrón de Bagdad**
El signo del zorro **Dorothy Vernon**

Imp. GARROPÉ - Villarroel, 12 y 14 - BARCELONA